

Recuerdos de un alumno de arqueología perteneciente a la generación de 1971

Mauricio Massone¹

Dedico estas páginas a la Dra. Grete Mostny, quién despertó en mí un profundo interés por conocer la historia de la humanidad y sus proyecciones.

Un día de marzo de 1971, Andrés Pinto y yo nos encontramos en los prados del Instituto Pedagógico y comentamos que se había formado recién el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología en la Universidad de Chile. Era el heredero del anterior Centro de Estudios Antropológicos, surgido al alero del Departamento de Historia. El nuevo departamento partía con la licenciatura en Arqueología en su plan antiguo. Con Andrés éramos compañeros de estudio en el Departamento de Historia, cursando el segundo año la carrera de pedagogía y coincidimos en la decisión de querer cambiarnos a la licenciatura en Arqueología. El futuro laboral parecía muy lejano e incierto para un posible arqueólogo, pero nos dijimos que estábamos dispuestos a correr el riesgo, dado que sentíamos un fuerte llamado vocacional.

Pedimos el traslado a la carrera de Arqueología e iniciamos el primer año, creo que en el mes de abril. Nuestros compañeros tenían distintas edades y procedencia, algunos incluso ya habían terminado una carrera universitaria, pero pronto formamos un grupo bastante unido. Constituimos el primer curso oficial del Departamento. ¿Quiénes éramos?: Blanca Tagle, Raúl Cid, Carlos Aldunate, Rubén Stehberg, María Teresa Planella, Ximena Navarro, Antonia Benavente, Patricio Urquieta, Carlos Maturana, Susana Legradí, Ana María Barón, Rosa Peña, Rodolfo Weisner, Alejandro Durán, Javier (no recuerdo su apellido y más tarde dejó la carrera), Andrés Pinto y yo. En algunos cursos fuimos también compañeros con Iván Solimano.

Nuestros referentes eran los alumnos avanzados. Algunos de ellos ya estaban próximos a terminar la carrera porque habían iniciado a tomar cursos de Arqueología y Antropología unos años antes en el Centro de Estudios Antropológicos o en otras unidades del Departamento de Historia (Victoria Castro, Carlos Thomas, Carlos Urrejola, Julia Monleón, Silvia Quevedo, Luis Rodríguez, José Berenguer, Consuelo Valdés, Fernanda Falabella, Ángela Jeria, Fernando Plaza, Julie Palma, Fernando Maldonado, Adriana Goñi, Marcela Lama, Jaqueline Madrid, Josefina Muñoz, entre otros). Algunos de ellos ya eran ayudantes y los mirábamos con respeto. Con Pepe Berenguer, Ángela Jeria y Nano Plaza alcanzamos a ser compañeros en algunos cursos. Fernanda Falabella, que también había pasado un tiempo en el Departamento de Historia y en el Centro de Estudios Antropológicos, después de una permanencia en el extranjero se incorporó a nuestro Departamento de Ciencias Antropológicas en 1972 y fuimos compañeros en un buen número de cursos.

En 1971, algunos de nosotros comenzamos a frecuentar la Sección de Antropología del Museo Nacional de Historia Natural. Un día le manifesté a mi profesora, la doctora Grete Mostny, el interés que sentía por asistir a leer y a conocer las colecciones arqueológicas del Museo. La doctora

1 Museo de Historia Natural de Concepción (DIBAM), Maipú 2359, Concepción. E-mail: mauricio.massone@gmail.com

Mostny me recomendó a don Julio Montané, quién me recibió muy cordialmente. Me presentó a Eliana Durán, con quien compartiríamos después varios años de grato trabajo conjunto, en torno al estudio de la cultura Aconcagua. Conocí también a Julie Palma, Patricio Núñez, Marcelo Garretón y Nieves Acevedo. De inmediato me dejó como pupilo de Julie que me guió con dedicación en los primeros pasos por las colecciones del Museo. Como primera actividad me llevó a ver la antigua sala de Prehistoria de Chile, en el segundo piso. La primera vitrina que conocí fue la de Cueva de Fell, con la secuencia cultural de 11.000 años, establecida por Junius Bird. Fue como una premonición, que años después me llevaría a seguir sus huellas en la Patagonia austral.

Durante los días sábado escuchábamos con atención en el Museo las amenas tertulias de Julio Montané, con Hans Niemeyer, Virgilio Schiappacasse y Felipe Bate, sobre los más variados temas antropológicos. Don Julio era el anfitrión y entre sus temas favoritos estaba el del rol social de la arqueología, pero además paseaba su sabiduría por muchos temas de arqueología americana, demostrando que era también un gran lector. Aprendimos mucho de esas tertulias.

Mientras tanto, el plan antiguo de Arqueología, en la Universidad, comenzó con cursos de duración anual, pero el Director del departamento, don Mario Orellana, nos informó a poco andar que se estaba estudiando la necesidad de impulsar un plan nuevo de estudio a partir de 1972, con una licenciatura que contaría con un plan básico inicial y dos menciones, en Arqueología y en Antropología Social. Los cursos serían de modalidad semestral. Los alumnos del plan antiguo, “nosotros”, que todavía nos sentíamos unos pollos nuevos, podríamos adecuarnos al nuevo sistema.

Con el trascurso de los meses la situación política del país se iba polarizando progresivamente y en ese contexto el Instituto Pedagógico, centro pensante y crítico por naturaleza, vio aumentar la temperatura y los enfrentamientos verbales, entre distintas tendencias de opinión.

En ese ambiente, los estudiantes del Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueología nos tomamos el departamento por varios días, solicitando una discusión abierta sobre el rol de la Antropología en Chile y la discusión de la futura orientación que debería tener el nuevo plan de estudio. Eso creo que ocurrió en la segunda mitad de 1971. El director, Mario Orellana, de personalidad fuerte, aceptó el desafío y en su calidad de director del Departamento convocó a una convención para discutir múltiples temas.

La convención duró una semana o un poco más, período en que sesionamos a puertas cerradas. Profesores y alumnos confrontamos ideas, con fuerza pero con total respeto y con un elevado sentido académico. Para nosotros fue una experiencia enriquecedora. Se discutió si la Arqueología debía ser considerada parte de la Antropología, o parte de la Historia, o una ciencia independiente. Cual debía ser el rol social de la Antropología en una sociedad que estaba viviendo un profundo cambio revolucionario. Se habló de la arqueología versus la arqueografía, de la relación entre las ciencias humanas y las ciencias naturales; de los nuevos planes de estudio y su orientación.

Bernardo Berdichewsky, Mario Orellana, Carlos Munizaga, Alberto Medina (mi querido profesor de tesis, años después), Juan Munizaga, Hans Niemeyer, George Serracino y otros profesores daban su opinión, discutían algunos puntos entre sí y respondían a las preguntas incisivas de nuestros dos representantes estudiantiles más locuaces: Roberto Flores, el presidente del Centro de Alumnos (que venía del departamento de Historia, donde seguía estudiando en forma paralela pedagogía) y Luis Rodríguez, el Che Rodríguez (el primer alumno titulado del departamento, más adelante). Ellos eran nuestros teóricos para hacer frente a los profesores. En algunos de esos días también Victoria Castro, José Berenguer, Fernando Plaza, Carlos Thomas y Carlos Urrejola participaron, aportando sus ideas y experiencias. Los demás, los más nuevos, escuchábamos con bastante timidez pero con mucha atención esas largas y enriquecedoras sesiones, donde aprendimos mucho. Pese al fragor de los discursos y a ciertas tensiones se podían confrontar ideas con alturas de mira, en un verdadero ejercicio democrático.

1971 fue también el año del VI Congreso Nacional de Arqueología Chilena, que se realizó en la Casa Central de la Universidad de Chile, Santiago. Fue un Congreso muy polémico, donde las

banderas políticas de distintos colores se agitaron durante las ponencias y las discusiones. También se criticaron los respaldos teóricos y metodológicos de ciertos trabajos expuestos. Pero finalmente fue nuestra primera experiencia como alumnos oyentes, que asistíamos a la presentación de ponencias en un congreso de Arqueología. Allí conocimos además a destacados arqueólogos de países vecinos como Luis Guillermo Lumbreras, Juan Schobinger y Carlos Ponce Sanginés y al etnohistoriador John Murra. Recuerdo que tanto Lumbreras como Murra desplegaban un fuerte magnetismo al hablar, que cautivaba a la audiencia.

Durante el verano de 1972 participé por primera vez en un trabajo de terreno, en Loa Oeste 3. El profesor Mario Orellana dirigía la campaña a manera de una “escuela de campo”. Carlos Urrejola y George Serracino eran nuestros supervisores directos en las cuadrículas. Con ellos aprendimos los primeros pasos de una excavación arqueológica. Orellana y Urrejola nos orientaban para aprender a interpretar la estratigrafía del sitio. Junto a Carlos Aldunate, Blanca Tagle, Raúl Cid, Rodolfo Weisner y otros alumnos, compartimos la belleza del desierto y el calor abrazador que nos envolvía después de las 11 de la mañana. Un día fuimos a visitar a Carlos Thomas que, con la ayuda Patricio Morel y Antonia Benavente, estaba realizando el levantamiento topográfico de lo que denominaron “poblado fortificado de Chiu-Chiu”. Algunos años después Carlos Thomas me enseñaría a analizar la cerámica fragmentaria de las vegas de Turi, en el marco de mi práctica de laboratorio. Siempre recordaré la camaradería y las amenas conversaciones que surgían durante las noches en nuestro campamento de Chiu-Chiu. Allí aprendimos a conocernos mejor y a percibir en toda su riqueza las distintas vivencias de terreno.

Mencionaré algunas pequeñas anécdotas para graficar el ambiente que se vivía primero en 1971 y posteriormente, ya en los años 1972 y 1973, habiéndose implementado el nuevo plan de estudios, con alumnos de arqueología y los que optarían por Antropología Social, ya incorporados.

Era un día cualquiera del primer semestre de 1971. Estábamos recostados sobre los prados del Pedagógico. Yo mantenía aún fuertes vínculos con los compañeros del departamento de Historia y Geografía, donde había cursado primer año de pedagogía en 1970. Ese grupo de amigos estaba muy comprometido con el tema político y sin duda influyó en mi creciente entusiasmo por adherir a las ideas de la Unidad Popular. La persona que más incidió en eso fue mi compañera de Historia, Angélica Muñoz, con quién seguimos siendo grandes amigos hasta el presente. Era uno de esos días en que estábamos conversando de música rock, de música latinoamericana, de fútbol, de la última fiesta, de las hermosas compañeras, manteniendo nuestros cuerpos en contacto con el suave y verde pasto de esos prados evocadores, mientras “Charrusco” (no recuerdo su nombre), tocaba una bien lograda melodía con su Charango. Sorpresivamente, a media mañana, llegó el presidente Allende al Instituto Pedagógico. Fue una visita imprevista y los compañeros comunistas y socialistas avisaron a último momento a los alumnos que estábamos tendidos en los prados, que venía el compañero Allende de visita. Algunos compañeros anarquistas se mostraron en principio distantes (eran frecuentes los enfrentamientos verbales entre comunistas y anarquistas en el Pedagógico), pero finalmente algunos de ellos también se mantuvieron presentes. Allende, con ayuda de su pequeña escolta subió al techo del casino, que era plano. Quedó solo allá arriba, como una figura irreal, y nos habló. Dado que el casino del Pedagógico era de un piso y estaba en posición semi subterránea, con respecto a la explanada donde se situaban nuestros prados predilectos, el techo se empinaba apenas algo más de 2 metros sobre nosotros. Debido a lo imprevisto de la situación, formamos un grupo quizás de unos 200 o 300 alumnos, ubicados de pié en la explanada frente al techo, muy cerca de él. Detrás de Allende se veía la Cordillera parcialmente nevada. Era la cumbre del cerro San Ramón. Fue un momento mágico, Allende estaba muy relajado, nos miró y nos habló con afecto del hermoso camino que teníamos por delante, como la generación de estudiantes que

debería ser parte importante de los cambios sociales que estaba iniciando a vivir el país. Nos habló de las probables dificultades que enfrentaríamos, pero también de la fortaleza, sabiduría y empuje que deberíamos tener para contribuir, desde distintas disciplinas, al proceso de construcción del socialismo en Chile. Nos mencionó las tareas más urgentes para enfilar el camino hacia una sociedad más justa e igualitaria. Habló solo unos 15 minutos y luego mantuvo un breve y cordial diálogo con los estudiantes. Fue un saludo y un estímulo enorme para nosotros.

(1972-1973) En el Departamento (que en algún momento pasó a llamarse Departamento de Antropología), se formó un Frente de Izquierda dirigido por Roberto Flores, Sergio Martinic y otros compañeros de distintas tendencias izquierdistas que generaron algunas acciones académicas alternativas en forma de talleres, con importante contenido ideológico. Por otra parte, Roberto Flores, que visualizaba la lucha política en distintos niveles y escenarios, propuso formar un núcleo de jóvenes socialistas, constituido por él mismo en calidad de dirigente, al que nos sumamos Adriana Goñi, Marcela Lama y yo. Éramos cuatro y hacíamos lo que podíamos para expresar nuestras ideas políticas. Sin embargo, en forma paralela se creó un pequeño núcleo más rupturista, de características muy especiales. No recuerdo el nombre del núcleo. Pero estaba conformado por Juan Carlos Skewes, su polola y una amiga. Eran solo tres, pero su presencia en el departamento marcó época. Juan Carlos, era su líder. Muy pronto instalaron un diario mural que actualizaban casi todos los días con información novedosa; reflexiones e ideas críticas sobre distintos temas sociales y culturales, para hacer pensar. Su contenido siempre era muy llamativo, y todos nos acercábamos a leerlo. Pese a las diferencias políticas, que no eran tan abismales, nos hicimos muy amigos con Juan Carlos Skewes, una persona muy valiosa y creativa y terminamos compartiendo en el café Los Cisnes y posteriormente, cuando trabajamos en un proyecto sobre el impacto de la sequía en el Norte Chico, dirigido por don Juan Munizaga, invitamos a Juan Carlos y participó con nosotros en un terreno realizado en el sector de San Lorenzo al norte de Ovalle.

Otra imagen. Mario Orellana decidió dictar un seminario voluntario los días sábado en la mañana en el Departamento de Antropología, sobre el pensamiento de Teilhard de Chardin (El Departamento ocupaba en ese tiempo la casa que hoy corresponde al cuerpo de bomberos, situado frente al Pedagógico). El mismo día el Frente de Izquierda organizaba, en el Pedagógico, a poca distancia del Departamento de Antropología, talleres sobre distintos temas ideológicos. Algunos compañeros iban al seminario de Teilhard de Chardin, otros asistíamos, a la misma hora a estos talleres. En este contexto recuerdo que un día sábado Felipe Bate impartía un taller sobre Materialismo Histórico, donde asistimos varios alumnos. Evidentemente, el día lunes siguiente, en clase de Teoría y Método con el profesor Orellana, las diferentes visiones teóricas generaron fuertes discrepancias en la sala de clase.

En otra ocasión asistimos a una conversación con Luis Lumbreras sobre Arqueología social, en la casa de nuestra compañera Ángela Jeria. La lucidez de Lumbreras para abordar el tema era muy orientadora y nos motivaba en ese camino. Allí tuvimos la ocasión de conocer a Michelle, la joven estudiante de Medicina. Recuerdo que al finalizar nuestro análisis político llegó al hogar Alberto Bachelet, y por delicadeza, considerando que era un General de la República, dejamos el tema ideológico e iniciamos con él una amena conversación sobre temas culturales. Me dio la impresión que él era un hombre con una gran amplitud de criterio, muy culto y de gran sensibilidad social.

★★★

Este era el ambiente que se vivía por esos años en el Instituto Pedagógico y en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Del Departamento de Historia y Geografía, traíamos la práctica del “pastoreo”, la alegría de los prados del Pedagógico, que habían acogido a largas generaciones de destacados pensadores, investigadores y pedagogos. Traíamos los aires renovados como consecuencia de la Reforma Universitaria de los años precedentes, la “revolución de las

flores” y sus consecuencias, los cambios en la música, el movimiento literario latinoamericano que lo situaban como un gran movimiento cultural para mostrar y soñar la América mestiza. Algunos también traíamos el sueño socialista para un Chile más igualitario, por lo que considerábamos eran necesarios cambios profundos.

Pero también traíamos la visión de los historiadores, la percepción de la *Paideia* que sintetizaba los ideales de los antiguos griegos, la rigurosidad en el análisis crítico de las fuentes documentales, de profesores como Genaro Godoy, Sergio Villalobos y otros. La geografía humana, la geografía física, la geomorfología, constituían nuestras fuentes para acercarnos al conocimiento del paisaje, con profesores como Pedro Cunill, Eusebio Flores, Rómulo Santana, Reinaldo Börgel y José Araya. Las reflexiones filosóficas de Humberto Giannini y de Armando Cassigoli también nos habían impregnado.

En el departamento de Antropología incorporamos la visión antropológica con don Carlos Munizaga, Juan Munizaga y Manuel Dannemann. Grete Mostny, Mario Orellana, Bernardo Berdichewsky, Hans Niemeyer, Alberto Medina, y George Serracino, entre otros, nos enseñaron sobre prehistoria y arqueología. Osvaldo Silva nos mostró la perspectiva de la ecología cultural.

En síntesis, aprendimos de todos ellos que los contextos arqueológicos encierran complejos y variados códigos que permiten reconocer y reconstruir los procesos sociales en su dimensión histórica, antropológica y ambiental. Empezábamos a preguntarnos por tanto como conciliar de la mejor forma estas dimensiones, como parte de una comprensión integral, sin perder el foco de lo arqueológico.

Pero entre los años 1972 y 1973 nuestra sociedad terminó por polarizarse hasta el extremo más peligroso y esa polarización se vivió también en la Universidad. Era imposible que la Universidad quedara al margen de los procesos sociales y políticos que remecían al país. Todo esto en el contexto global de la Guerra Fría, que representaba el enfrentamiento de las grandes ideologías a escala planetaria. Coexistían distintas visiones de mundo enfrentadas en duros escenarios reales como la Guerra de Vietnam, o el Muro de Berlín y sus consecuencias. Entre los temas de interés internacional se hablaba de la carrera armamentista de las grandes potencias, pero también del subdesarrollo y de la desigualdad inherente. En esta incierta trama existían además los escenarios simbólicos, dominados por las batallas propagandísticas, la carrera espacial, la competencia deportiva y la disputa por una mayor industrialización.

Ya se planteaba cual sería el rol de las sociedades post industriales en el escenario futuro inmediato y que ocurriría con las débiles alternativas que podían manejar los países del tercer mundo o en vía de desarrollo. Frente a este panorama mundial y nacional los jóvenes chilenos de ese tiempo asumíamos el compromiso político como un “deber ser”, como una actitud de lucha por nuestros ideales. Se podía estar en un bando o en otro, pero el compromiso político se consideraba fundamental para muchos. Hasta que en Chile convergieron todas las condiciones, internas y externas (entre estas últimas pesó la poderosa mano del Tío Sam), para que se produjera la “Tormenta Perfecta”.

Como sabemos, por la dura experiencia vivida a partir del 11 de septiembre de 1973, las cosas cambiaron para todos. Terminamos nuestra carrera y nuestra tesis durante los años de penumbra y cuando despertamos nuevamente a la democracia, después de 17 años de dictadura, Chile ya era otro Chile, el Instituto Pedagógico había sido duramente golpeado y ya no pertenecía a la Universidad de Chile, y la arqueología de los tiempos más poéticos, la que nos habían enseñado varios de nuestros profesores, con su vocación templada por los años, estaba cambiando hacia una arqueología más pragmática, y más compleja, más acorde con el mundo actual.